



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1120

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 6 DE AGOSTO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jopès, Faubourg-Montmartre, 81.

GRAN FABRICA DE LUNAS

y depósito de cristales,
meduras, marcos y estampas

JUAN SOLER E HIJO

Plaza de los Tres Reyes, 2.—CARTAGENA.

Lunas en blanco de espejo biseladas y grabadas al ácido.—Vidrieras ar-
tísticas para iglesias y salones.—Baldones cristal para pisos.—Baldosillas
para claraboyas.—Lunas de segunda plateadas.—Vidrios sencillos de color,
de color, muselinas, esmerilados, molidos, &c. &c.

PRECIOS REDUCIDOS
PIDANSE TARIFAS

Se platean lunas deterioradas.

Batalla de flores

Ahora que ha pasado puede ya decirse: la Batalla de flores ha sido el festejo más laborioso, el que más ha preocupado á la junta.

Quiso ésta hacer un programa selecto y le hizo atiendo sobre manera tener que renunciar á los Juegos florales por falta material de tiempo para abuciarlos con el plazo debido; pero no quiso renunciar á la Batalla de flores y obediendo así, muchos de fuera y atendiendo á los propios deseos, la encantadora y sugestiva fiesta quedó consignada en la lista.

Desde entonces ha sufrido la junta un calvario; las preocupaciones han sido diarias y ha habido momentos en que consideró fracasada la Batalla de flores.

Por fortuna se salvaron las dificultades y ayer presenciámos el brillante festejo.

Estaba anunciado para las cinco y media de la tarde; pero era tal

el deseo que sentíamos de experimentar las emociones que nos embargaron al celebrarse hace tres años la Batalla que una hora antes estábamos posesionados de la tribuna que la junta dedicó á la prensa. Queríamos no perder detalle; presenciar la llegada del público; ver el despejo y llenarnos los ojos de colores.

A las cinco, el golpe de vista que ofrecía la alameda de San Antonio Abad no podía ser más encantadora. Las tribunas estaban totalmente ocupadas, predominando el bello sexo que daba al cuadro grandísimo realce. Los trajes vaporosos de tonos claros; las sombrillas multicolores; el constante movimiento de los abanicos; los discretos de la gente joven; el pasar y repasar de las hermosas buscando sus asientos, daban al cuadro animación y vida, haciéndonos pensar en mil y mil quimeras que nos han dejado por todo recuerdo sensaciones vagas de algo desconocido.

Abismados los ojos en aquel conjunto de bellezas digno de ser per-

pelado en el lienzo por la mano del más hábil pintor, perdimos la noción del tiempo y hasta las molestias que al principio nos causara el sol de justicia que volcaba sus rayos sobre nuestras cabezas, se anularon.

Dos sombras que pasaron por delante de nuestra tribuna, nos trajeron al mundo de la realidad: eran los heraldos del Ayuntamiento que hacían el despejo de la pista, seguidos de las lujosísimas carrozas en que venían los héroes de la fiesta, los cuales, como los antiguos gladiadores que antes de acometerse se saludaban cortesmente, dieron una vuelta completa en son pacífico al campo de la lucha.

Seguidamente comenzó la pelea, primero débil, después encarnizada, sin cuartel. Se disparaban profusión de ramos que eran devueltos con valeplía. Parapetados en una rosa, arrojaban á las tribunas floridos proyectiles Angelita Cepeda y María Aznar. La señora de Ojimos y la señorita de Váscosell se batían con sus iguales desde dentro de una mariposera. Las señoritas de Martí, Matz y de Conesa luchaban bravamente sirviéndoles de coraza una sombrilla.

La señora de Sánchez y señorita de Diaz, lindamente vestidas de chifras, luchaban también al abrigo de una sombrilla japonesa; y fué tan dura la pelea con el enemigo, que la defensa sufrió bastantes daños.

Los señores que ocupaban los demás carruajes secundaron tan bien el ataque iniciado por el sexo débil, que en pocos minutos quedó el campo del torneo alfombrado de bouquets y serpentinas.

El consumo de estos proyectiles fué asombroso; surcaban el espacio por millares; y al firmarse el tratado de paz mediante la entrega de los premios ofrecidos, zambajó el piso, juntamente con las líneas de tribunas, lindísimo estrados.

El premio de la Reina

Lo adjudicó el Jurado al carruaje del Sr. Aznar.

Representaba una rosa hecha con siemprevivas, en cuyos bordes se veían dos lindas mariposas. El juego delantero estaba convertido en un parterre. Las ruedas estaban totalmente vestidas de azahares y los atafajes del tiro iban literalmente cubiertos de nardos.

El tiro lo formaban cuatro briosos caballos llevados del diestro por otros tantos postillones ricamente vestidos de seda y terciopelo.

Saliendo del caliz de la flor, iban las señoritas de Ocedra y Aznar acompañadas del hermano de esta última.

Los tres lucharon de un modo incansable no cesando de tirar bouquets desde el comienzo al fin de la batalla.

El del Ayuntamiento.

Fué entregado al carruaje que montaban los hijos de D. Tomás Manzanas.

Era un pato que llevaba en el pico una cesta de flores.

El cuello y la cabeza del ave estaban formados con nardos; la pechuga con dalias blancas; el cuerpo con clavelos y las alas con esta misma flor y dalias rojas marcando las plumas.

Las ruedas del coche y los atafajes de los dos caballos que lo arrastraban iban cubiertos de flor cuyos colores aparecían perfectamente combinados.

El de D. Justo Aznar.

Fué adjudicado al carruaje que montaban los hijos de D. Francisco Conesa Balanza.

Era una lindísima sombrilla de siemprevivas con dibujos de varios colores.

El cuerpo del vehículo, las ruedas y los atafajes estaban vestidos de flor de distintos colores y matices muy bien combinados.

Fué el último que llegó á la pista y uno de los que más gustaron.

Los señores don Luis y D. Antonio Martínez que montaban un carruaje vestido de clavelones y guirnalda de gasas azules.

El del general Aznar.

Lo alcanzó el señor García y García, en cuyo coche predominaban también los clavelones y las gasas.

Otros carruajes.

Aparte los que dejamos mencionados, se presentaron otros sin opción á premio por declararlo así sus dueños.

Fuéron éstos el de D. Andrés Sánchez Ocaña, el de D. Eduardo Ojimos y una carreta tirada por bueyes.

El del señor Sánchez Ocaña.

Una gran sombrilla japonesa se levantaba en el centro del carruaje. Este aparecía forrado de raso verde, sobre el cual se destacaban abanicos japoneses de varios tamaños.

Un gran abanico dividía el espacio anterior en dos compartimentos, yendo en el anterior los señores Sánchez Ocaña.

En el posterior iba la señorita de Diaz Spottorno, acompañada de un caballero cuyo nombre no nos lo supieron decir.

El caballo llevaba también sobre el lomo una sombrilla japonesa.

Los cubos de las ruedas estaban formados con abanicos pequeños, viéndose también este elemento de la indumentaria femenina en el tocado chino de la señora y señorita antes mencionadas.

El de D. Eduardo Ojimos

Era, como hemos dicho antes, un mariposero formado de flores variadas. En los costados aparecían dibujos muy lindos. La parte posterior era de nardos.

—¡Mentiras!—exclamó Rzepa.—Os aseguro que yo no soy ningún paltuelo.

—¡Quién sabe!...—repuso Gamula.

Y os digo.—¡Habría Rzepa agitado su enorme puño, que si hago caer esto sobre vuestros espaldas, os desbago lo mismo que un barril viejo y cuarteado.

—Quizás nó.

—¿Queréis probarlo?

—¡Estaos quieto y en paz!—exclamó el alcaide interviniendo.—En vez de cogernos por los cabellos, bebamos unas gotas más.

Todavía bebieron; pero Burak y Gamula apenas tocaron el vaso con los labios, mientras que Rzepa apuró el suyo hasta los bordes, tanto que sus ojos empezaban á enrojecer y á cochar lumbre.

—Ahora abrasado, dijo Burak.

Aquellos se besaron. Rzepa se puso á llorar, señal de que estaba bebedo por completo; después empezó á lamentarse en tono plañidero y que das semanas antes se le había muerto en la cuadra una magnífica ternera que prometía ser una magnífica vaca.

—¡Ah, que ternera! ¡Dios ha cargado con ella!...—exclamó al final.

—No desespereis, dijo Burak. ¡Habéis ya que en la oficina se dá por segura la noticia de que el bosque de los señores, de ahora en adelante pertenece-

cerá á los habitantes de Schafkopf y será dividido entre ellos?

—Es justo, respondió Rzepa.—No fueron los señores quienes sembraron el bosque.

Después, volviendo á su ternera, añadió:

—¡Ah! ¡qué ternera! cuando se hallaba bajo su madre para mamar, le daba al viento tales golpes con el testuz, que la vaca saltaba hasta los traveros del cobertizo.

—Nuestro escribano me decía...

—¿Qué me importa á mí del escribano!—interrompió Rzepa con rabia.—Para mí, me es indiferente

que se llame Pedro ó se llame Pablo.

—Procura que no te oiga; sería capés de vengarse ¡Bebe, hombre! El joven campesino apuró el vaso de un sorbo, se

campesinos no entendieron, pero que se quedaron haciendo signos de aprobación.

Si Rzepa hubiese estado menos bebedo, seguramente se hubiera dado cuenta de que el señor alcaide hacía signos al señor Gamula. Después, ¡oh, maravilla! el escribano sacó de su bolsillo una bolsa llena verdaderamente de rublos, diciendo:

Firmaron uno después de otro, pero cuando Rzepa quiso coger la pluma para firmar á su vez, el escribano retiró el documento, y dijo:

—Quizás te no quieres ¿eh? Te advierto que puedes hacer lo que quieras, y que no hay nada que te obligue.

—¿Por que no he de quererlo?

El escribano volvió la cabeza, y llamó:

—¡Schmull!

Schmull apareció en la puerta de la estancia.

—¿Que desea el señor escribano?

—Tu debes ser testigo de que todos los que firman lo hacen por espontánea voluntad.

Volviéndose después á Rzepa, añadió:

—Quizás te no lo querrás.

